



# INTRODUCCIÓN





## Maese Pedro

*Roberto Burgos Cantor*

*E*ra el año de 1966. Una de esas épocas en que algún sentimiento de la humanidad se acompasa y mueve alguna esperanza al unísono. Tal vez un sacudimiento de las rutinas tiranas y mediocres del ahora. Como si se descubriera que los antiguos y escondidos arcanos del sueño, el encuentro fraterno, apenas descansarían, esperarían.

*¿Qué o quién los sacudía?*

*Por ese entonces predominaba en la narrativa de Colombia una temática de cierta homogeneidad que la caracterizaba: la violencia. Uno de sus períodos feroces y crueles en que se revolvían los motivos de esa insania. Despojo de bienes, ideologías, religión.*

*Apenas se publicaban los primeros estudios, jurídicos o desde las ciencias sociales, para establecer causas y soluciones a la anomalía. Sin duda el que podía sacudir la conciencia fue el libro de Orlando Fals Borda, Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna. La manera de descalificarlo y sabotear su legitimidad científica fue acusar a los autores de subversivos.*

*Allí, tal vez por primera vez, y antes si quedó algo en informes forenses, se conoció una forma escandalosa de diseñar maneras de la muerte que incrementarían el sufrimiento y desconocerían la dignidad humana de las víctimas agravando atributos que en vida distinguieron al ser humano. Un catálogo de horror testimoniaba los diversos cortes con que se destruía la vida.*

*De cierta manera, los autores de esta narrativa avanzaban un poco en las búsquedas que les permitieran liberar la literatura de las sujeciones morales y las prescripciones de autoridad sobre el buen decir. El direccionamiento de temas y*

*lenguaje a favor de un ideal de sociedad y país, convertía a la literatura en parte del discurso celebratorio de unas autoridades que fundaban su proyecto de sociedad y gobierno en la gramática, la religión católica y el desprecio desconfiado a una población diversa que no terminaban de conocer.*

*Extremando la metáfora de Julio Cortázar, se puede decir que a la vida, su fragor imprevisible, sus manifestaciones, se la había amordazado dentro de unos guantes de cabritilla.*

*De cierta manera se había pasado de la literatura que se complacía en el exotismo de la naturaleza, los conflictos simples y maniqueos, el encantamiento en el paisaje, a un mundo de horror, de sobrecogedor espanto que había hecho señas de degradación desde nuestras inmemoriales guerras civiles.*

*Para referirse a la narrativa de las maravillas de la naturaleza es posible recordar una ocurrencia. Jorge Luis Borges fue invitado a la Universidad de Cartagena de Indias. Allí dijo algunos poemas y habló de la poesía. Al terminar, unos estudiantes le preguntaron sobre alguna novela donde la naturaleza era predominante en la atmósfera. Ya ciego y con esa especie de inocencia que potenciaba sus picardías, Borges dijo: “¡Lástima, che!, a todos se los tragó la selva”.*

*En las novelas de la violencia, se llamó así a la de los años cincuenta, anidaba un compromiso del escritor y una intención ética: reproducir en las ficciones un horror que no debía repetirse.*

*El entonces joven García Márquez advirtió cómo la concentración en los muertos omitía en esa narrativa el drama de los vivos.*

*Este entorno literario que predominaba y apenas bosquejado aquí tal vez permita mostrar las dificultades de una renovación estética, la búsqueda de la modernidad, y el interés de lectores y crítica.*

*En ese empeño se encontraba la singular aventura literaria de Pedro Gómez Valderrama. Personal, única y sin antecedentes.*

## **La primera vez**

*A Cartagena de Indias llegaban los periódicos de Bogotá D.C. a las cinco del amanecer. Los traía el avión carguero que aterrizaba desde el aire salitroso en el aeródromo a la orilla del mar.*

*En la estructura centralista del país se publicaban dos periódicos conservadores y dos liberales. Los miembros de cada partido esperaban de allí las orientaciones políticas de los jefes, la lista de los bautizos, las zambras del Congreso Nacional, los combates en la cordillera, las quiebras, la jerarquía de gravedad de las tragedias; en una palabra la verdad de lo real para cada ideo-*

logía. Una de ellas al amparo de los misterios de la fe católica y sus oradores exaltados.

Los periódicos locales sobrevivían con dificultad sometidos a pocos lectores, mezquinos anuncios y las viejas máquinas de tipos de plomo, rotativas ruidosas de lenta marcha. Sus editoriales inflamados, las páginas rojas reteñidas, y las hiperbólicas loas, o tiraderas perversas a los sujetos del terruño. Algunos dejaron huellas que el azar puso a flote: columnistas de aquellos tiempos como Gabriel García Márquez o Héctor Rojas Herazo.

A casa de mis padres llegaban los periódicos liberales. Casi siempre al mediodía porque mi padre los recogía al venir a almorzar en el viejo portal de los Escribanos, hoy llamado portal de los Dulces, donde compartían el espacio sombreado las vendedoras de invenciones para el paladar: bolas de tamarindo, ajonjolí, las tiras entrelazadas de papaya verde que unos llaman cabellitos y otros caballitos, panelas de coco, y más, con los puestos de periódicos y revistas.

En la primera página, uno destacaba la fotografía grande y encima el titular. Algo parecido a: *Ministro rescata a candidato presidencial del liberalismo en peligro por asonada en la Universidad Nacional.*

*La acción ocurría al final de la tarde.*

Las tardes de la capital, por esos años, tenían los declives lánguidos de las rutinas provincianas a las cuales se volvía por una inercia deliberada. A pesar de un furor subterráneo que de cuando en cuando dejaba muertos, incendios, escándalos, los presidentes iban a la función de matiné en las salas del centro; los hombres de comercio y de la industria introducían sus negocios en almuerzos largos de escoceses generosos; en la vía principal, fotógrafos callejeros de buen pulso, cámaras y talonarios hacían instantáneas a los paseantes, lucían la elegancia de estos tiempos: sastres, paños oscuros, sombreros, y el paso alegre de próceres de la vida.

La fotografía del periódico: En el fondo y el entorno la neblina que sumía la Ciudad Universitaria y poco a poco arropaba la luz espléndida de las cinco de la tarde. Algún jirón desobediente del crepúsculo. Los árboles parecían desaparecer en un encantamiento.

Un hombre de sobretodo atraviesa la niebla, con las manos en los bolsillos, entre los pinos y los eucaliptos. Su rostro tranquilo se deja acariciar por el frío de páramo a esa hora. Tiene lentes. Detrás de él, en doble fila, unos soldados que parecían venidos de guerras antiguas, por sus uniformes de casco de metal con pararrayos, correas cruzadas sobre el pecho, marcialidad de desfile sin retreta. Y los fusiles que les quedaban grandes y les vencían el hombro.

Es posible que la escena arrojara una sensación inofensiva. O se confundiera con un ensayo del teatro universitario. O un profesor, especialista en Derecho de

*guerras, condujera a sus alumnos del cuartel al aula. Lo cierto es que llegaron, sin refriega, a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales en cuya Decanatura asilaban al candidato, egresado de esta facultad.*

*Este ministro era Pedro Gómez Valderrama.*

## **Poderes de la ficción**

*Con los años esa imagen del periódico fue cobrando para mí un sentido. Coincidente o anticipatorio: tenía que ver con las ficciones, cuentos, que iban definiendo la obra literaria de Gómez Valderrama, sus búsquedas y aventuras temáticas. Abría para las ficciones que se escribían en Colombia una veta y unos procedimientos. Encontraba resquicios en el Código Civil de Napoleón, en alguna memorable batalla, en un destino como deseo jamás alcanzado pero al cual el escritor le ofrece la posibilidad de una conjetura. Sin pretensiones librescas, de falsa erudición, con los rigores de la verosimilitud, una poesía discreta y su ironía sin escándalo, fue haciendo una obra singular, de interés, a la cual volvemos quienes la leímos y debe leer quienes aún se pierden de su gracia narrativa y su propuesta de transformación.*

*Escribió una novela: La otra raya del tigre. Tal vez anticipatoria de alguna de las desmesuras en el cine de Werner Herzog. Llevar un piano de Alemania a los riscos de Santander.*

*En los años que se publicó, ejercía un magisterio de lector don Germán Vargas. En una conferencia que dictó para presentar dos libros en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, se refirió a la novela en Colombia y celebró que Cien años de soledad ya no estaba sola; tenía dos novelas de compañía, una era La otra raya del tigre.*

*En alguna de sus líneas creo ver una intuición creativa que es parte de su aventura: “[...] Lengerke era un hombre que buscaba difíciles afinidades, que encontraba su vida en otras vidas [...]”.*

*¿Cómo hizo este hombre para escribir sus cuentos, la novela, sus ensayo? Atendió con delicadeza profesional y responsabilidad negocios jurídicos, dictó clases en universidades, fue ministro, embajador, magistrado, escribía en revistas y periódicos. Comandó sin insignias, sin charreteras, sin alamares ni grados de milicia a ese pelotón de sobrevivientes napoleónicos que rescataron sin disparar un tiro, sin calar bayonetas, sin golpear, a un candidato presidencial. Recordado hoy este episodio, parecen salidos de alguna bruma de la historia para escoltar su imaginación.*

*Sus vecinos cuentan que lo veían llegar de las jornadas agotadoras de los asuntos públicos, se despojaba de su terno, la corbata, encendía su pipa, y acomodo-*

---

*dado en el balcón protegido por vidrios de las heladas de los cerros, en Bogotá, empezaba desde la alta noche, primero con la lenta armonía de la llovizna y después con la apresurada furia de los aguaceros, el tecleo de su máquina, hasta el amanecer.*

*A su desprendido consejo debo una lectura apreciable: La máscara de Dimitrios, de Ambler.*

